

EL SENTIDO DE LA TRAICIÓN EN *LA FIESTA DEL CHIVO* DE MARIO VARGAS LLOSA

Eduardo Hopkins Rodríguez

Pontificia Universidad Católica del Perú

El conjunto de las denominadas novelas de dictadura en Latinoamérica es frondoso y posee ya una vigencia temporal de más de siglo y medio. Cabe aclarar que en estos relatos usualmente se produce una identificación entre dictadura y tiranía. Aunque se trata de conceptos diferentes, según los puntos de vista de la teoría política,¹ el rechazo a cualquier forma no democrática de gobierno ha producido esta identificación en los escritores latinoamericanos. Es una equivalencia que se ha visto reforzada por la tradición marxista acerca de las relaciones de poder. En realidad, lo que está en juego en el contexto novelístico aludido es la oposición entre libertad y tiranía. De aquí deriva el que el dictador en las novelas sea descrito usualmente como tirano.

Con sus realizaciones menores y sus grandes cumbres, este conglomerado de obras literarias ha ido construyendo un inventario de características sobre las que cada escritor ha tenido la oportunidad de ejercer reiteraciones, perfeccionamientos, modificaciones o innovaciones, en concordancia con la realidad histórica correspondiente y con las decisiones formales e ideológicas de cada uno.²

En *La fiesta del chivo* del escritor peruano Mario Vargas Llosa identificamos una orientación realista y objetiva que, al mismo tiempo que denuncia las perversiones del poder dictatorial, lo desmitifica y relativiza desde una perspectiva moral que podemos identificar como abiertamente optimista. No es objetivo principal de la novela concentrarse en la figura del dictador, sino en las conductas morales de personajes que se desplazan dentro de un estado dictatorial. El mencionado optimismo moral de la novela concierne a la convicción de que el poder no puede corromperlo todo y que, aun dentro de un ambiente dominado por la mayor corrupción, es posible la persistencia de lo moral y, en el peor de los casos, que es factible aspirar a una recuperación de lo moral.

El tema de la relación entre traición y lealtad ha acompañado la obra de Mario Vargas Llosa desde sus primeros relatos. En sus textos se observa que la traición es la ruptura mayor de toda relación humana, y que por su causa se contamina la

configuración de la integridad de la persona y de la sociedad. Tratándose de *La Fiesta del chivo*, nos encontramos con una novela que gira en torno a un enmarañado universo de traiciones y lealtades, el cual abarca sectores y vínculos de tipo familiar, personal, amoroso, colectivo, político, etc. En esta obra, la traición es analizada desde múltiples formulaciones y criterios valorativos. Así es que puede aparecer como sustento del poder; como lo que amenaza al poder; como corrupción social; como corrupción individual; como ineficacia o desidia en la toma de decisiones morales; y, especialmente, como la acción moral mayor de la política consistente en el tiranicidio, situación en la que la traición varía de significado y pasa a denominarse positivamente como conjura.

Lealtad y traición constituyen los ejes de toda acción política y de todo proceso histórico vinculado al desarrollo del poder. En el caso del poder dictatorial la dinámica de lealtad y traición es fundamental para su supervivencia. Vale la pena mencionar como emblema de las novelas de dictadura que una obra inaugural como *Amalia* de José Mármol, lleva por título del inicio de la primera parte el inquietante epígrafe de “Traición”.³

En condiciones de dictadura, la lealtad se ofrece como un valor político supremo para el poder, pues, en medio de la inestabilidad que genera el carácter ilegítimo del gobernante, es lo único que se cree que puede garantizar el control de la perpetuación de su dominio. La traición es consubstancial al ejercicio del poder dictatorial, es lo que lo sostiene, pero también es lo que lo amenaza. El dictador, así como su entorno inmediato, sabe que solamente la traición puede acabar con él, por eso le teme, la persigue y la castiga con crueldad. Trujillo afirma que “él conocía a los traidores, los husmeaba antes de que supieran que iban a traicionar. Por eso estaba vivo y tanto Judas se pudría en La Cuarentena, La Victoria, en isla Beata, en las barrigas de los tiburones o engordaba a los gusanos de la tierra dominicana.”⁴ El dictador asume como traición todo lo que pueda poner en riesgo su posición. Es claro que, desde tal punto de vista, se considere que solamente la traición puede destruirlo. De esta manera, la dictadura elabora cuidadosamente una falsa moral, mediante la cual educa a sus subordinados y a los ciudadanos, consistente en reconocer como la mayor virtud la lealtad a su persona y como la peor afrenta la traición a la misma. La norma de lealtad al poderoso que rige en el estado dominado por la dictadura es una norma absoluta, desde la cual deriva todo el sistema de la dictadura. En nombre de esta norma todo está permitido, lo que significa que ella contiene un sentido tergiversado de lo que es lealtad. Habría que señalar que esta lealtad no es lealtad a secas, pues su alcance queda delimitado por el complemento que regula su significación: el dictador. En tal sentido, lealtad debe leerse exclusivamente como lealtad al dictador, que es la expresión que yace en el fondo

del término en un contexto de cercanía al poder dictatorial. Esta restricción es la que permite y autoriza al individuo cualquier atropello respecto a los demás y a sí mismo. Instruidos o amaestrados en esta simple moral unidireccional, cuyo único objetivo radica en proteger al dictador y perpetuar su poder, los ciudadanos están en disposición de ser vaciados de los principios más elementales de la moral y la dignidad. Como señala Julio Martínez, más allá de los atropellos a la legalidad, la dictadura actúa en el orden moral.⁵ Cuando Antonio Imbert decide participar en las agrupaciones clandestinas de la oposición a Trujillo estaba convencido de que mientras Trujillo viviera “él y muchísimos dominicanos estarían condenados a esa horrible desazón y desagrado de sí mismos, a mentirse a cada instante y engañar a todos, a ser dos en uno, una mentira pública y una verdad privada prohibida de expresarse”.⁶ Lo que sucede es que con esa falsa moral, las personas son fácilmente convertidas en esclavos. Un autor que suele ser citado como fuente de algunas ideas de Mario Vargas Llosa, y que este también reconoce, relativas a la cultura y la vida social es Karl Popper.⁷ Evaluando la inclinación de los hombres a reverenciar y adorar el poder como “uno de los peores tipos de idolatría humana, un resabio del tiempo de las cadenas, de la servidumbre y la esclavitud”, admite Popper la enorme influencia que puede ejercer lo que denomina la “ética de dominio y sumisión” entre los individuos.⁸ Aristóteles especifica que la tiranía busca en primer lugar “el envilecimiento de los súbditos, pues sabe que quien tenga un alma baja y pusilánime jamás conspirará.” (Política: IX)

Suprimida la libertad colectiva e individual, el saqueo de la moral pública y de la moral privada, la depredación moral de los ciudadanos constituye la operación fundamental que sostiene el poder del dictador. Desde su experiencia, Antonio Imbert medita en los mecanismos de la dictadura: “Con los ojos semicerrados, arrullado por el rumor quedo del mar, pensó en lo endiablado del sistema que Trujillo había sido capaz de crear, en el que todos los dominicanos tarde o temprano participaban como cómplices, un sistema del que solo podían ponerse a salvo los exiliados (no siempre) y los muertos.”⁹

Los sujetos se afanan por mostrarse leales ante el poder y borrar cualquier indicio susceptible de dar la impresión de traición y acusar, en cambio, a otros hombres de actos de traición. El dictador juega con sus colaboradores como parte de su satisfacción por el uso del poder. Cuando Trujillo camina en las mañanas, lo hace:

a paso vivo, rodeado de ministros, asesores, generales, ayudantes, cortesanos, a respetuosa distancia, los ojos alertas, el corazón esperanzado, aguardando un gesto, un ademán que les permitiera acercarse al Jefe, escucharlo, merecer un diálogo, aunque fuera una

recriminación. Todo, menos ser mantenidos lejos, en el infierno de los olvidados. “¿Cuántas veces paseaste entre ellos, papá? [dice Urania, la hija del senador Agustín Cabral] ¿Cuántas mereciste que te hablara? Y cuántas volviste entristecido porque no te llamó, temeroso de no estar ya en el círculo de los elegidos, de haber caído entre los réprobos. Siempre viviste aterrado de que contigo se repitiera la historia de Anselmo Paulino. Y se repitió, papá.”¹⁰

Acercar o alejar al colaborador tiene consecuencias en la conciencia que estos deben poseer en lo que concierne a la inestabilidad de sus posiciones y a la urgencia de generar mayores actos de lealtad, esto es, de subordinación. Es lo que sucede con el senador Cabral, fiel servidor de Trujillo “por admiración, por amor a él”,¹¹ cuya inexplicable marginación obedece al placer arbitrario del dictador de jugar a quitar o asignar preferencias entre los suyos, a darles, como dice, “un baño de realidad”.¹²

Y él, para mantenerlos siempre en el quién vive, e impedir el apolillamiento, la rutina, la anomia, desplazaba, en el escalafón, alternativamente, de uno a otro, la desgracia. Eso había hecho con Cabral; alejarlo, hacerlo tomar conciencia de que todo lo que era, valía y tenía se lo debía a Trujillo, que sin el Benefactor no era nadie. Una prueba por la que había hecho pasar a todos sus colaboradores, íntimos o lejanos. Cerebrito lo había tomado mal, desesperándose, como una hembra enamorada a la que despide su macho. Por querer arreglar las cosas antes de lo debido, estaba metiendo la pata. Tragaría mucha mierda antes de volver a la existencia.¹³

Cabral, ante su desplazamiento, se interroga desconcertado sin saber que es presa del juego del dictador: “¿Qué había hecho? ¿Qué había dicho? ¿En qué falló? ¿A quién ha visto últimamente? Lo trataban como enemigo del régimen. ¡Él, él!”.¹⁴ Este pernicioso sistema de lealtad convierte las relaciones personales en enlaces sumamente precarios y le proporciona al dictador un enorme poder sobre las personas. La dictadura necesita de la adulación, pues esta hace explícito y público el contrato de lealtad al poderoso como un contrato de complicidad. Es su peculiar forma ritual de legitimación. Las consecuencias de este ritual conducen a compromisos aun mayores, debido a que el poder obliga a la genuflexión pública para imprimir en el espíritu del sujeto el yugo de la esclavitud. La genuflexión externa provoca la genuflexión interna. Sobre el gusto de la tiranía por la adulación, Aristóteles observa que ella es un “vicio a que nunca se rebajan los hombres buenos y dignos. El hombre de corazón ama, pero no adula.” (Política: IX)

Aristóteles considera que la tiranía se sostiene por medio de maniobras que abarcan “todos los grados de perversidad”. (Política: IX) En la novela de Mario Vargas Llosa, la prueba de lealtad es uno de esos actos extremos de perversión que el poder exige como necesarios para su seguridad. Consiste en asesinar a quien el dictador considera un traidor. Estamos ante una deformación del sentido de lealtad. Para el poderoso, sin embargo, la mejor prueba de fidelidad de sus subordinados consiste en la traición a los demás o a sí mismos. Como el teniente García Guerrero, quien, para cumplir con su prueba de lealtad, debe asesinar a un opositor al régimen, enterándose después que se trata del hermano de su novia, a la que acababa de renunciar por orden de Trujillo. Pero la traición como muestra de lealtad no es lealtad. La adulteración del sentido de lealtad que se pone en juego dentro de la prueba de lealtad, corresponde a la infame fidelidad del mercenario.

En cualquier caso, la traición es inadmisibles, porque concierne a la integridad moral social e individual. La traición es una forma de asesinato moral. Como pregunta Urania a su padre: “¿Qué les hacía? ¿Qué les daba, para convertir a don Froilán, a Chirinos, a Manuel Alfonso, a ti, a todos sus brazos derechos e izquierdos, en trapos sucios?”.¹⁵ Antonio de la Maza evalúa la razón por la cual no mató a Trujillo, causante de la muerte de su hermano, cuando estuvo lo suficientemente cerca de él:

Era algo más sutil e indefinible que el miedo: esa parálisis, el adormecimiento de la voluntad, del raciocinio y del libre albedrío que aquel personajillo acicalado hasta el ridículo, de vocecilla aflautada y ojos de hipnotizador, ejercía sobre los dominicanos pobres o ricos, cultos o incultos, amigos o enemigos, lo que lo tuvo allí, mudo, pasivo, escuchando aquellos embustes, espectador solitario de esa patraña, incapaz de convertir en acción su voluntad de saltar sobre él y acabar con el aquelarre en que se había convertido la historia del país.¹⁶

El dictador no solamente trata de convencerlo del suicidio de su hermano, sino que lo compromete entregándole una concesión para construir una carretera. Las consecuencias de su inacción ante la patraña y ante la oferta son analizadas por el narrador:

Antonio de la Maza, a quien Trujillo había matado también, de manera más demorada y perversa que a los que liquidó a tiros, golpes o echándolos a los tiburones. A él lo mató por partes, quitándole la decencia, el honor, el respeto por sí mismo, la alegría de vivir, las esperanzas, los deseos, dejándolo convertido en un pellejo y unos

huesos atormentados por esa mala conciencia que lo destruía a poquitos desde hacía tantos años.¹⁷

Por eso, cuando Antonio de la Maza espera para intervenir en la conspiración contra Trujillo, piensa en “Verlo muerto para saber que su vida no había sido inútil, que no había pasado por esta tierra como un ser despreciable.”¹⁸ El general José René Román ha experimentado la misma sensación de anulación ante el dictador: “frente a Trujillo su valentía y su sentido del honor se eclipsaban, y se apoderaba de él una parálisis de la razón y de los músculos, una docilidad y reverencia serviles. Muchas veces se había preguntado por qué la sola presencia del Jefe -su voccita aflautada y la fijeza de su mirada- lo aniquilaba moralmente.”¹⁹ Situación que define Estrella Sadhalá, otro de los conspiradores, de la siguiente manera: “el Chivo había quitado a los hombres el atributo sagrado que les concedió Dios: el libre albedrío.”²⁰

En determinadas circunstancias, se suele tolerar la traición bajo justificación extrema y suficiente, condiciones bajo las cuales la noción misma de traición puede desaparecer para convertirse en un acto de justicia. En el terreno de lo político, una de las razones elementales para justificar la traición suele estar en la coyuntura que presenta como urgente el tiranicidio. Sobre el particular, existe una tradición y un cierto consenso en los teóricos de la política desde Aristóteles y Santo Tomás.

Más allá de la moral del delincuente, la cual requiere de lealtad recíproca entre cómplices, el dictador exige lealtad en su entorno, pero se comporta como quien tiene total libertad para transgredir el principio de lealtad con sus allegados. En una dictadura los actos de traición corresponden a un ejercicio que se considera privativo del dictador. El monopolio de la traición es su prerrogativa. Es un derecho cuyo reconocimiento impone tácitamente. Si el dictador traiciona, el subalterno no asume esta traición como tal, sino como venganza o castigo merecido por un error que hasta podría serle desconocido. Urania ha llegado a entender:

que tantos millones de personas, machacadas por la propaganda, por la falta de información, embrutecidas por el adoctrinamiento, el aislamiento, despojadas de libre albedrío, de voluntad y hasta de curiosidad por el miedo y la práctica del servilismo y la obsecuencia, llegaran a divinizar a Trujillo. No solo a temerlo, sino a quererlo, como llegan a querer los hijos a los padres autoritarios, a convencerse de que azotes y castigos son por su bien.²¹

El dictador no traiciona, solamente castiga la ineficiencia o la traición, sean estas voluntarias o no. Por eso el subalterno próximo debe adular al poderoso y vigilar permanentemente la construcción de la propia imagen de lealtad necesaria para su personal supervivencia. En semejante dirección, los actos de traición individual respecto a otros o respecto a sí mismo no son reconocidos como tales, sino como homenajes de lealtad al dictador.

Algunas conductas de lealtad con relación al dictador en la novela de Vargas Llosa dependen de la ambición, del miedo, de la admiración por el poderoso, de las tendencias sádicas de los personajes que buscan justificar sus impulsos persiguiendo a traidores supuestos o reales. El masoquismo también parece caber en esta relación:

¿Valía la pena, papá? ¿Era por la ilusión de estar disfrutando del poder? A veces pienso que no, que medrar era lo secundario. Que, en verdad, a ti, a Arala, a Pichardo, a Chirinos, a Álvarez Pina, a Manuel Alfonso, les gustaba ensuciarse. Que Trujillo les sacó del fondo del alma una vocación masoquista, de seres que necesitaban ser escupidos, maltratados, que sintiéndose abyectos se realizaban.²²

Para su seguridad la tiranía opera con base en la traición, la induce, la provoca, la exige. Si bien este tipo de traición impulsada por coerción es despreciable, el peor caso es el de la traición espontánea, voluntaria. Por ejemplo, la de quienes ofrecen a sus hijas al dictador. Es lo que Trujillo califica como “gesto simpático”.²³

La censura a la traición es un tema básico de la visión social del autor. Como hemos indicado, en sus obras el principio moral más alto es el de la lealtad, principio que puede adoptar tanto las formas más civilizadas como las más primitivas. En *La fiesta del chivo*, la temática de la traición presenta generalmente un aspecto repulsivo y, en casos excepcionales, como en el del proyecto de atentar contra el dictador, adquiere un perfil optimista, positivo.

La conducta típica de la población atemorizada es la de la delación:

Escucharon y vieron en la televisión, los relatos pormenorizados del pánico que provocaban esos apestados asesinos a los dominicanos, y cómo, muchos de ellos, no contentos con negarles un refugio, se apresuraban a denunciarlos. Vieron caer, el primero, al ingeniero Huáscar Tejada, expulsado de manera innoble de la iglesia del Santo Cura de Ars

EL SENTIDO DE LA TRAICIÓN EN *LA FIESTA DEL CHIVO* ...

por el aterrorizado párroco, quien lo echó en brazos del SIM. Siguieron, al detalle, la odisea del general Juan Tomás Díaz y Antonio de la Maza, recorriendo en un carro del servicio público las calles de Ciudad Trujillo y siendo denunciados por las personas a las que acudieron en busca de ayuda. Y vieron cómo se llevaron los *caliés* a la pobre anciana que dio asilo a Amadito García Guerrero, después de matar a este, y cómo las turbas dismantelaban y desaparecían su casa.²⁴

En la novela la traición no logra invadirlo todo. En medio de la delación y deslealtad generalizadas, algo de sentido de lealtad se conserva entre algunos ciudadanos. Por lealtad a la familia o a los amigos, varios de ellos arriesgan sus vidas, pese a que saben el peligro que corren. Algunos serán descubiertos y terminarán torturados y asesinados. Hay entre los personajes un tipo de lealtad que proviene de actos de solidaridad desinteresados. Sobre el particular, encontramos conductas ejemplares como las de los diplomáticos italianos que protegen durante seis meses a Antonio Imbert y a su familia²⁵ o como el médico y su mujer que esconden a tres de los conspiradores²⁶ o el taxista que apoya en su huida a Salvador Estrella Sadhalá:

Regresó al taxi con una depresión que le ablandaba los huesos. Pese al calor, se moría de frío.

-¿Me has reconocido, no es verdad? -preguntó al chofer, ya en el asiento.

El hombre, que llevaba una gorrita de béisbol embutida hasta las cejas, no se volvió a mirarlo.

-Lo reconocí desde que subió -dijo, muy tranquilo-. No se preocupe, conmigo está seguro. Yo soy antitrujillista también. Si hay que correr, corremos juntos. ¿Dónde quiere ir?²⁷

Hombres y mujeres de diferente posición social, forman parte de este conjunto de ciudadanos a los que la lealtad guía en sus actos. Su heroísmo cotidiano, silencioso, anónimo y sin ambiciones encarna la idea de que, mediante el ejercicio de su libertad, los hombres comunes y corrientes pueden y deben modificar su destino y el de sus naciones, sin necesidad de actuar motivados por su pertenencia a un partido político o por obedecer consignas ideológicas o por derivar sus decisiones de complejos sistemas de pensamiento. Tratándose de los conspiradores, por ejemplo, que podrían ser los más llamados a sentirse convocados por el deseo de fama, gloria u honor, o por querer pasar a la historia como héroes, observamos que lo que los impulsa tiene que ver con motivaciones personales sustentadas en un sentido de dignidad y con la idea de que la conjura se justifica a sí misma. Su

conciencia de la importancia política del proyecto en que están involucrados es clara, pero no tienen pretensiones de trascendencia histórica. La lealtad es como un instinto elemental que diferencia a los hombres entre sí estableciendo estados de superioridad moral entre ellos. Para tales ciudadanos, personas sin mayor relieve ni influencia, el dictador carece de aura mítica, es simplemente una persona malsana que pertenece a un tiempo y a un espacio reales, y que actúa mediante mecanismos sociales, económicos, psicológicos y coercitivos perfectamente identificables y concretos. Nada hay de misterioso o esotérico en los métodos mediante los cuales la dictadura constituye su poder. La mirada objetiva con que dichos personajes viven el fenómeno, les hace confiar en que la permanencia de la dictadura no es ni tiene que ser eterna. Sentirse íntimamente convocado a la resistencia, por mínima que sea, parte de esta confianza en que los actos individuales de seres anónimos contribuirán a cambiar la coyuntura política. Son decisiones que se adoptan como necesarias, como deberes cívicos elementales. Hasta en el estilo sencillo, seco, prosaico, translúcido y sin poesía de la novela se revela esta preocupación por comunicar una sensación de objetividad, de cotidianidad antiheroica. Como si la vivencia de valores esenciales fuera una experiencia natural, inmediata, que se renueva cada día en tanto es una actividad del espíritu que no aspira ni tiene que aspirar a reconocimientos. Acerca de esta clase de conducta moral, encontramos una propuesta interesante en Karl Popper, quien argumenta que:

es por cierto posible combinar una actitud de la mayor reserva, y aun de desdén, hacia el éxito mundano en el sentido del poder, la gloria y la riqueza, con la tentativa de hacer lo mejor que podamos en este mundo, promoviendo los fines que se haya decidido adoptar, con el claro propósito de hacerlos triunfar, no buscando el éxito o la justificación históricos, sino por ellos mismos.²⁸

Pero el poder dictatorial sí busca edificar su propia gloria. En la novela, Trujillo ama pomposamente la historia y su lugar en ella. Necesita la retórica de panegiristas y publicistas que difundan y proclamen su supuesta intervención extraordinaria en la pacificación y en el progreso del país. La divinización, la mitificación del dictador, son parte de este mecanismo interno del sistema que lo sostiene. Tanto los actos más infames y abyectos, como los más banales, deben ser recubiertos de gloria, de heroísmo. Como el estúpido mito de que Trujillo no suda: “Trujillo nunca suda. Se pone en lo más ardiente del verano esos uniformes de paño, tricornio de terciopelo y guantes, sin que se vea en su frente brillo de sudor.”²⁹ Adicionalmente a su sentido egolátrico, esta construcción de la gloria en el dictador tiene motivaciones prácticas, ya que ejerce un efecto de dominio sobre los ciudadanos, a quienes busca aplastar e inhibir con el exhibicionismo de su aparente superioridad. Frente

a esto, los conjurados muestran un perfil modesto, incógnito, sin pretensiones de grandeza. Como la ambición de poder, de fama, de riqueza es lo que genera y alimenta la dictadura, en la novela los sediciosos no están contaminados por estos impulsos.

El anonimato, la falta de ambiciones y de aspiración a la fama en los conspiradores de la novela, pueden ser apreciados con relación a la idea recién citada de Popper acerca del deber cumplido, del trabajo bien hecho, sin expectativas de premios por tal realización. Hay en este planteamiento un aspecto ascético, una renuncia al egoísmo a favor de principios superiores. Los actos se hacen por su propia virtud racional, no por la expectativa de un reconocimiento o una glorificación. Es lo que sucede con los personajes que se solidarizan con los conjurados y no lo hacen pensando en una recompensa ajena a la propia satisfacción moral del deber de conciencia. Karl Popper propone que debemos ser “conscientes del hecho de que el progreso reside en nosotros, en nuestro desvelo, en nuestros esfuerzos, en la claridad con que concibamos nuestros fines y en el realismo con que los hayamos elegido.”³⁰ Pero no es fácil escapar a las interesadas estrategias de glorificación del poder, sobre todo de aquel que pretende hacerse pasar por democrático:

Al día siguiente de la partida de los Trujillo, se dio una amnistía política. Comenzaron a abrirse las cárceles. Balaguer anunció una comisión para investigar la verdad sobre lo ocurrido con los “ajusticiadores del tirano”. Las radios, diarios y la televisión dejaron desde ese día de llamarlos asesinos; de ajusticiadores, su nuevo apelativo, pasarían pronto a ser llamados héroes y, no mucho después, calles, plazas y avenidas de todo el país empezarían a ser rebautizadas con sus nombres.³¹

El poder dictatorial elabora y promueve permanentemente el oportunismo moral, configurado como un sistema sumamente codificado y regulado alrededor de la lealtad al gobernante. Esta clase de lealtad adopta la forma de una condición esencial y excluyente. Al respecto, Isaiah Berlin, otro autor normalmente asociado por la crítica con Mario Vargas, precisa que “una estratagema de los regímenes totalitarios es presentar todas las situaciones como estados críticos de excepción, lo cual exige la inmisericorde eliminación de todas las metas, interpretaciones, formas de conducta salvo el fin inmediato, concreto, absolutamente específico, que obliga a todo el mundo, que requiere de medios y fines tan clara y estrechamente definidos que resulta fácil imponer sanciones para quienes no los persigan.”³² Las posibilidades de elección son así reducidas al máximo. Para Berlin la amplitud de la gama de elecciones indica el grado de libertad que posee un individuo.³³ Por tal

razón, luchar contra el poder requiere aceptar principios independientes de cualquier compromiso, interés o coyuntura inmediatos, es decir, independientes del sistema moral que alimenta al poder.

En un universo de dispersión como el de los personajes que se oponen a la dictadura, en el cual está ausente una noción de lo sistemático aplicada al campo de la conducta moral, se hace necesario un criterio de orientación en la búsqueda de valores últimos, sino como esencias, sí como factores fundamentales para la convivencia humana. En *La fiesta del chivo*, dentro del marco de la moral no contaminada por la dictadura, el sentido de lo moral no está limitado por circunstancias históricas o ideológicas o de clase. La moral tiene un valor permanente, no coyuntural. No se apela aquí a un sistema específico o cerrado de valores. Las decisiones morales corresponden a un conjunto no sistemático, aunque sí coherente, de principios relativamente autónomos. Entre esos principios directores básicos están los de racionalidad, justicia y libertad, a los que se añade otros con diverso grado de importancia como son los de dignidad, lealtad, decencia, responsabilidad, honestidad, solidaridad, respeto, capacidad de elección. Habría que considerar también aquí la intervención de actitudes y sentimientos de valor moral.

La duda moral se presenta cuando el personaje actúa dependiendo de un sistema moral. Es la posición de Salvador Estrella Sadhalá, quien había consultado con un sacerdote la licitud ética de su participación en la muerte del dictador:

Matar a cualquiera, no. Acabar con un tirano sí. ¿Has oído la palabra tiranicidio? En casos extremos, la Iglesia lo permite. Lo escribió santo Tomás de Aquino. ¿Quieres saber cómo lo sé? Cuando comencé a ayudar a la gente del 14 de junio y comprendí que tendría que apretar el gatillo alguna vez, fui a consultárselo a nuestro director espiritual, el padre Fortín, un sacerdote canadiense, de Santiago. Él me consiguió una audiencia con monseñor Lino Zanini, el nuncio de Su Santidad. ¿Sería pecado para un creyente matar a Trujillo, monseñor? Cerró los ojos, reflexionó. Te podría repetir sus palabras, con su acento italiano. Me mostró la cita de santo Tomás, en la *Suma Teológica*. Si no la hubiera leído, no estaría aquí esta noche, con ustedes.³⁴

La cita se dará a conocer más adelante: “La eliminación física de la Bestia es bien vista por Dios si con ella se libera a un pueblo.”³⁵ Aunque la frase es alusiva, el personaje la asume como una autorización para el tiranicidio.

EL SENTIDO DE LA TRAICIÓN EN *LA FIESTA DEL CHIVO* ...

Podemos completar el sentido de esta frase recordando que santo Tomás consigna que “son alabados quienes libran a la multitud del poder tiránico; lo cual no se puede llevar a cabo sin alguna disensión dentro de ella, al querer un sector retener al tirano y el otro derrocarlo. La sedición, pues, puede ser sin pecado.”³⁶ La alusión a Santo Tomás tiene por objetivo apelar a un sistema de normas que justifiquen la rebelión contra el dictador. En primer lugar, se busca con esto una tranquilidad de conciencia en el personaje portador de una fe cristiana. En segundo término, se establece un contraste entre aquellos que actúan bajo principios generales o universales no sistemáticos, y quienes lo hacen dependiendo de un sistema de valores específico. Estos últimos son indecisos, dudosos, su dependencia de un sistema o cuerpo moral les resta seguridad en sus decisiones. Ellos requieren consultar con una autoridad moral dentro de su sistema. La propia conciencia moral no es suficiente. Para los otros, los que se guían por principios no sistemáticos, basta la conciencia moral para impulsarlos a la acción. Por otro lado, la apelación a un sistema moral es útil para el sentido pragmático del presidente fantoche Balaguer, a quien:

La religión le daba un orden espiritual, una ética con que afrontar la vida. Dudaba a veces de la trascendencia, de Dios, pero nunca de la función irremplazable del catolicismo como instrumento de contención social de las pasiones y apetitos desquiciadores de la bestia humana. Y, en la República Dominicana, como fuerza constitutiva de la nacionalidad, igual que la lengua española. Sin la fe católica, el país caería en la desintegración y la barbarie. En cuanto a creer, él practicaba la receta de san Ignacio de Loyola, en sus *Ejercicios Espirituales* actuar como si se creyera, mimando los ritos y preceptos: misas, oraciones, confesiones, comuniones. Esa repetición sistemática de la forma religiosa iba creando el contenido, llenando el vacío -en algún momento- con la presencia de Dios.³⁷

Esta es también en gran medida la fórmula del aparato individual y social de constitución subjetiva de lealtades respecto al dictador.

Propone Berlin que tanto los valores como los sistemas en que éstos pueden estar ordenados son plurales, sin que haya un predominio o superioridad de un sistema o de un valor sobre los otros. El pluralismo moral significa reconocer la variedad cultural y aceptar la tolerancia. Pero el planteamiento de Berlin señala que más allá de los sistemas y su diversidad, existen valores autónomos universales que pertenecen a la naturaleza del hombre como ser racional.³⁸

Cuando en *Fuente ovejuna* de Lope de Vega los pobladores ajustician al Comendador Fernán Gómez, lo hacen bajo los gritos de “¡Mueran tiranos traidores! ¡Traidores tiranos mueran!”.³⁹ Hay en tales frases una especie de reiteración o de sinonimia enfática. En esta obra dramática, el abuso del funcionario lo convierte en tirano y, por lo tanto, en traidor. Lope está siguiendo las especulaciones de la filosofía política tradicional adaptadas a la visión de las relaciones sociales en su época. Se emplea el término *traidor*, en el sentido de traidor al rey, al poder y a la justicia que él representa. Igualmente, se refiere a la traición al pueblo, a quien debía respetar y proteger, como parte de las obligaciones que el cargo de autoridad le exigía. En este contexto *tiranía* y *traición* son equivalentes, y frente a la traición no caben contemplaciones. Santo Tomás había puntualizado que “más sedicioso es el tirano que fomenta discordias y sediciones en el pueblo esclavizado para poder dominar con más seguridad”.⁴⁰

El autor a través de la voz del narrador escoge lo que quiere exponer, los sucesos y la extensión de la presencia de estos y los modos de su configuración. Es apreciando el rango de su intervención intensificadora en los elementos del relato y en su consiguiente proyección de significados como podemos percibir sus juicios de valor respecto a sus personajes. Recordemos que en la novela el peor castigo no lo recibe el dictador o alguno de sus secuaces más cercanos. La escena de la muerte de Trujillo evita mostrar directamente su aniquilación física. Tampoco asistimos al proceso de agonía del dictador. El momento del atentado es fugaz y lacónico. En cambio, la tortura detallada con morosidad, minuciosamente expuesta, corresponde al general que por inercia y apatía traiciona su compromiso con los conspiradores. En *La fiesta del chivo* la peor de las traiciones es la de la apatía, la indecisión. Si el general José René Román aparece en escena torturado sin piedad, se debe, desde el punto de vista de los parámetros de la justicia poética, a que, como consecuencia de su apatía, no solamente varios de los conjurados son perseguidos, torturados y asesinados, sino que toda la operación que podría liberar al país queda expuesta al riesgo de fracasar. A tal culpa, tal castigo. Un compañero de prisión le dice: -”Estamos aquí por tu culpa, Pupo. ¿Por qué nos traicionaste? ¿No sabías que te pasaría esto? Arrepiéntete de haber traicionado a tus amigos y a tu país”.⁴¹ La traición del general Román corresponde a un tipo sumamente especial, es la traición por indecisión, por debilidad. Aunque solo merece desprecio, la novela exhibe, sin embargo, un prolijo tejido de castigos aplicado al que ha traicionado por abulia. Esta escena interminable condensa en tres páginas cuatro meses de tortura. La condición de máxima traición es asignada a la conducta del personaje por haber atentado contra las aspiraciones de libertad de algunas conciencias morales nuevas y esperanzadas. Un episodio de justicia

poética como el que comentamos manifiesta, desde el punto de vista de la literatura, una visión optimista en la afirmación de la moral democrática.

En la teología católica hay un vicio o pecado capital basado en la aversión a actuar y que está constituido por la indolencia en hacer el bien. El término que le corresponde es *acedía* o *acidia*. Se usa en “la teología moral cristiana para denotar el letargo espiritual, la pereza, el descuido y la melancolía que frecuentemente afectan a los monjes y a otras personas dedicadas a la vida de piedad”.⁴² Para Santo Tomás, la *acedía* “es una forma de la tristeza que hace al hombre lento para aquellos ejercicios del espíritu a causa de la fatiga corporal”.⁴³ Es un asunto de índole espiritual que puede ser extendido a otras categorías de las actividades y relaciones humanas. En tal sentido, *acedía* implica descuido, negligencia, indecisión, postergación, indiferencia, apatía, letargo, abulia, pusilanimidad. Como es una especie de *torpor animi*, bloquea completamente al sujeto para la acción.

Bajo esta capacidad de expansión del concepto de *acedía*, podemos examinar la conducta del general Román como dominada por la pereza en la toma de decisiones, como lentitud y displicencia en la voluntad de cumplir con sus compromisos. El personaje está bajo un tipo de ceguera que no le permite ver las consecuencias de sus actos. Román es un espíritu agrio, sin grandeza de ánimo para asumir el papel victorioso que le cabe en la conjura. Quizá envidia a los conspiradores, hombres que se decidieron por la acción, porque él es incapaz de actuar y por eso los abandona. Es un hombre que se niega a sí mismo el participar en la euforia de la gran celebración, de la fiesta del chivo que vendría a coronar el fin de la dictadura.

Plutarco menciona como singular una ley de Solón que “disponía que fuese notado de infamia el que en una sedición no hubiera sido de ninguno de los dos partidos. Era su objeto, según parece, que ninguno fuese indiferente o insensible en las cosas públicas poniendo en seguridad las suyas propias y lisonjeándose de no padecer y sufrir con la patria, sino que desde luego se agregara a los que sentían mejor y con más justificación, y les diera auxilio, corriendo riesgo a su lado, en lugar de esperar tranquilamente a ver quién vencía.”⁴⁴

Dante llama *ignavos* a los carentes de voluntad y de fuerza moral. Son los indolentes, los inertes, los inmóviles. Su vileza y abyección generan desprecio. Dialogando con Virgilio, dice Dante en su Infierno, Canto tercero:

Allí bajo un cielo sin estrellas, resonaban suspiros, quejas y profundos gemidos, de suerte que, apenas hube dado un paso, me puse a llorar. Diversas lenguas, horribles blasfemias, palabras de dolor, acentos de

ira, voces altas y roncadas acompañadas de palmadas producían un tumulto que va rodando siempre por aquel espacio eternamente oscuro, como la arena impelida por un torbellino. Yo, que estaba horrorizado, dije:

-Maestro, ¿qué es lo que oigo y qué gente es esta, que parece dominada por el dolor?

-Me respondió:

-Esta miserable suerte está reservada a las tristes almas de aquellos que vivieron sin merecer alabanza ni vituperio; están confundidas entre el perverso coro de los ángeles que no fueron rebeldes ni fieles a Dios, sino que solo vivieron para sí. El Cielo los lanzó de su seno por no ser menos hermoso, pero el profundo Infierno no quiere recibirlos por la gloria que podrían reportar a los demás culpables.

Y yo repuse:

- Maestro, ¿qué cruel dolor les hace lamentarse tanto?

A lo que me contestó:

- Te lo diré brevemente. Éstos no esperan morir y su ceguera es tanta que se muestran envidiosos de cualquier otra suerte. El mundo no conserva ningún recuerdo suyo y tanto la misericordia como la justicia los desprecian. Pero no hablemos de ellos, sino míralos y pasa adelante. Y yo, fijándome más, vi una bandera que iba ondeando tan de prisa que parecía desdeñosa del menor reposo; tras ella venía tanta muchedumbre que no hubiera creído que la muerte hubiera destruido a tan gran número. Después de haber reconocido a algunos miré más fijamente y vi la sombra de aquel que por cobardía hizo la gran renuncia. Comprendí inmediatamente y adquirí la certeza de que aquella turba era la de los ruines que se hicieron desagradables a los ojos de Dios y a los de sus enemigos. Aquellos desgraciados, que no supieron vivir nunca, estaban desnudos y eran molestados sin tregua por las picaduras de las moscas y avispa que por allí había, las cuales hacían correr por sus rostros la sangre que mezclada con sus lágrimas era recogida a sus pies por asquerosos gusanos. ⁴⁵

Nótese el irónico suplicio que imagina el poeta para los ignavos al condenarlos a perseguir eternamente una bandera que cambia de dirección rápida e incesantemente.

En *La fiesta del chivo* hay una escena construida con asociaciones a este pasaje de Dante. Nos encontramos con un colérico Trujillo que conduce en su auto al general Román hacia la Base Aérea en medio de insultos:

EL SENTIDO DE LA TRAICIÓN EN *LA FIESTA DEL CHIVO* ...

- Para - ordenó Trujillo, poco antes del primer retén de la extensa y cercada Base Aérea de San Isidro.

Bajó de un salto, y, aunque estaba oscuro localizó de inmediato el gran charco de aguas pestilentes. La inmundicia líquida seguía manando de la cañería rota, y, además, de barro y hediondez, había constelado la atmósfera de mosquitos que acudieron a asaetearlos.

- La primera guarnición militar de la República -dijo Trujillo, despacio, conteniendo apenas la nueva oleada de rabia-. ¿Te parece bien, que, a la entrada de la Base Aérea más importante del Caribe, reciba al visitante esta mierda de basuras, barro, malos olores y alimañas? .⁴⁶

Cuando Román se compromete a castigar a los culpables, Trujillo responde:

Empezando por Virgilio García Trujillo, el jefe de la Base -rugió el Benefactor-. Tú eres el primer responsable y el segundo él. Espero que te atrevas a imponerle la máxima sanción, aunque sea mi sobrino y tu cuñado. Si no te atreves, seré yo quien les aplique a los dos la sanción que corresponde. Ni tú, ni Virgilio, ni ningún generalito de pacotilla va a destruir mi obra: Las Fuerzas Armadas seguirán siendo la institución modelo en que las convertí, aunque tenga que meterte a ti, a Virgilio y a todos los inútiles con uniforme, en un calabozo por el resto de sus días.⁴⁷

No es gratuito que, cuando Trujillo humilla al general Román por la rotura de las cañerías de aguas servidas en la entrada de la base aérea, mencione por tres veces el nombre de su sobrino Virgilio entre los culpables del descuido. Luego deja abandonado al general parado en el charco, “patética figurita chapoteando en el barro”.⁴⁸ Recordemos que se había descrito el lodazal como “mierda de basuras, barro, malos olores y alimañas”.⁴⁹ Es clara la irónica alusión a la escena que acabamos de citar de la obra de Dante.

Aunque las circunstancias relacionadas a sus envilecidos vínculos de subordinación con el dictador parecen dar explicación exculpatoria de su comportamiento apático, el general Román está, como muchos condenados en el Infierno de Dante, sufriendo su castigo con resignación porque sabe que se lo merece y que ningún supuesto determinismo puede justificar la responsabilidad y la culpa objetiva de sus actos:

En los sobresaltos de lucidez que lo asaltaban para recordarle que estaba vivo, que aquello no había terminado, se martirizaba con la misma

indagación: ¿por qué, sabiendo que era *esto* lo que te esperaba, no actuaste como debías? Aquella pregunta lo maltrataba más que las torturas a las que se enfrentó con gran coraje, acaso para probarse a sí mismo que no fue por cobardía que se condujo con tanta indecisión aquella interminable noche del 31 de mayo de 1961.⁵⁰

Una situación paralela a la del general Román, aunque de valor opuesto, la tenemos en el último capítulo de la obra que expone el violento encuentro sexual de Urania con Trujillo. Urania paga por su pertenencia a una familia que apoyó al régimen. Su historia señala que nadie está a salvo en una dictadura. Su caso es uno más, entre otros, por eso no tiene una posición central en el desenvolvimiento político de la acción narrativa, si bien da concreción a una clase de traición extrema como es la traición del padre. La ofensa sexual a Urania es el documento que denuncia la felonía paterna de haberla entregado con engaños en manos del dictador. Pero el relato de Urania es también una acusación a su familia y, a través de ella, al país por su descuido, por su indiferencia, su apatía y ceguera moral durante la dictadura. Esa especie de patología que invadió a la población es cuestionada ahora implacablemente. El mencionado general Román constituye un máximo ejemplo de dicha condición por su incapacidad para asumir el destino social al que se había comprometido. Según la tradición moral, la acedia se combate con acción y disciplina espiritual. Es lo que Urania, después de treinta y cinco años de ausencia, ha determinado poner en práctica haciendo el doble viaje de retorno a su país y a su pasado, con el propósito de “escarbar esas llagas” y “resucitar esos recuerdos”,⁵¹ para descubrir en este tránsito que debe enfrentarlos decididamente con el objetivo de recuperar su propia dignidad y ofrecer a quienes escuchan su relato la posibilidad de actuar en consecuencia. A Urania le causa repulsión contar su historia: “Me molesta, me da vómitos -replica Urania-. Me llena de odio y de asco. Nunca hablé de esto con nadie. Quizá me haga bien sacármelo de encima, de una vez. Y con quién mejor que con la familia.”⁵² Urania se confiesa ante las mujeres de su familia para obligarlas a compartir con ella su experiencia y así provocar el despertar de su conciencia moral desde un proceso de retrospección. La familia debe saber la verdad, debe conocer lo sucedido en su propio ámbito mediante la exposición ritual a que las obliga la memoria de Urania. El enterar a la familia la hace formar parte de su experiencia y su depuración. En medio del relato de Urania, su sobrina Marianita también siente náuseas: “Marianita, quien acaba de regresar del cuarto de baño, donde fue a vomitar. (Ella ha sentido sus arcadas)”.⁵³ Muy significativa, igualmente, es la reacción de la tía Adelina, quien la escucha “blanca como el papel, los hondos ojitos arrasados por las lágrimas.”⁵⁴ Más adelante, “La tía Adelina gime. El puñito arrugado en alto, la boca semiabierta en expresión de espanto y censura le implora, haciendo muecas. No atina a pronunciar palabra.”⁵⁵ La denuncia

de Urania posee un espíritu de reconciliación y de solidaridad. Lo que está en juego es un problema de conciencia y de responsabilidad alrededor de la necesidad de evaluar críticamente la experiencia social y personal. Los dominicanos que desconocen o han olvidado su vida durante la dictadura deben también asumir su responsabilidad frente al pasado. La experiencia de Urania no aparece en la novela como representativa de las víctimas del pueblo de Santo Domingo bajo el dominio trujillista. Tiene, mas bien, el valor de una apelación que apunta a llamar la atención de sus compatriotas frente al pasado y al destino comunes. Para Urania, obligarse a recordar es ser leal a sí misma. Para ella hay una moral en la memoria. Perder voluntariamente la memoria sería un acto de traición, individual o colectivo. Urania constituye la actitud contraria a la del general Román.

La dictadura se propone paralizar moralmente a los ciudadanos para anular su capacidad crítica. La anulación de la voluntad en Urania durante el encuentro con Trujillo es superada rápidamente por ella misma, con lo cual logra huir del país. Pero el individuo no sale ileso de los atropellos producidos por la dictadura. Se requiere un esfuerzo mayor de la voluntad para remontar el lastre que deja tal experiencia. Urania, finalmente, se libera de la carga de resentimiento y puede proyectarse en un plano de progresiva reconciliación con los suyos. El brío puesto en su retorno y el poderoso impulso de voluntad que la sostiene durante su recuento de los hechos ante las mujeres del grupo familiar implican energía, decisión, fuerza, valor excepcional. Urania no quiere detenerse, su fervor es pleno y dinámico. Al finalizar la novela, después de aclarar la conciencia moral de su auditorio, Urania abandona el país en actitud auspiciosa de recuperación de la confianza en el contacto humano con sus seres queridos y con su país. Al principio todavía duda: “Tal vez, saliendo de esta casa, de este país, prefiera olvidar de nuevo esta familia, esta gente, su pasado, se arrepienta de haber venido y hablado como lo ha hecho esta noche. ¿O, tal vez, no? ¿Tal vez querrá reconstruir de algún modo el vínculo con estos residuos de familia que le quedan?”⁵⁶ Pero, finalmente, toma una decisión: “Si Marianita me escribe, le contestaré todas las cartas.”⁵⁷

Pese a ser inocente, Urania ha decidido sufrir y castigarse mediante el ejercicio de la memoria: “Pero, ni siquiera aquella carta de *sister* Mary [acerca de la muerte de Trujillo y el desorden político del país] la sacó de la indiferencia profunda sobre lo dominicano y los dominicanos en la que había caído y de la que solo años después, aquel curso de historia antillana de Harvard la libró.”⁵⁸ Es así como busca expiar el que su padre la haya entregado con engaños al dictador. Pero, asimismo, esta es la manera en que ha decidido responsabilizarse por lo sucedido en su país y hacerse solidaria con sus compatriotas. El ejercicio de memoria no obedece únicamente al fin de superar una experiencia personal traumática, sino que se realiza a partir de un

grado de lucidez suficiente como para descubrir su componente colectivo y ejemplar. Urania relata porque desea ser comprendida, pero también lo hace porque quiere que los otros se comprendan a sí mismos.

Karl Popper postula que “los hechos, como tales, carecen de significado; solo pueden adquirirlo a través de nuestras decisiones.”⁵⁹ Lo sucedido a Urania tiene ahora un significado pleno, gracias a su determinación de llevar a cabo el acto ritual de su confesión.

La novela ha producido un desvío importante con relación al tratamiento tradicional de la figura del dictador al incorporar las tensiones que comprometen la conciencia moral de los ciudadanos como el núcleo del relato. Podríamos decir que esta es una novela sobre el valor de las decisiones morales, lo cual constituye un planteamiento que responde a las exigencias éticas de Dante en contra de la indiferencia.

En las novelas de dictadores, generalmente, los atributos del héroe del género épico se trasladan a la figura del poderoso. Incluso las características del héroe mitológico son asignadas a este personaje. Aun cuando en el desarrollo de las novelas se desarticule el mito del dictador, el personaje recibe usualmente una caracterización que busca fascinar al lector en torno al tema del poder. En el fondo, muchas de estas novelas no pueden evitar la fascinación por el poder. Por el contrario, en *La fiesta del chivo* la orientación de la acción se inclina hacia la destrucción del poder dictatorial por acción de un poder siempre superior, basado en la razón y que se rige por las nociones de justicia y libertad.

Notas

- 1 Martínez Martínez, Julio. Avisos para tiranos, sistemas totalitarios..., 1980-82, pp. 211, 241-242.
- 2 Sandoval, Adriana. Los dictadores y la dictadura en la novela hispanoamericana (1851-1978), 1989 p. 257. Garatea Grau, Carlos. “Novelas de dictadores y dictadores de novela...”, 2002, pp. 33-34.
- 3 Mármol, José. Amalia. México: Porrúa, 1971.
- 4 Vargas, Mario. La fiesta del chivo. Madrid: Santillana, 2000, p. 33.
- 5 Martínez, Julio. Op. Cit. pp. 210-211.
- 6 Vargas, Mario. Op. Cit. p. 187.

EL SENTIDO DE LA TRAICIÓN EN *LA FIESTA DEL CHIVO* ...

- 7 *Kristal, Efraín*. Temptation of the word. The novels of Mario Vargas Llosa, 1998, pp. 102 y ss.
- 8 *Popper, Karl R.* La sociedad abierta y sus enemigos, 1957, pp. 448, 453.
- 9 *Vargas Mario*. Op. Cit. p. 189-190.
- 10 *Ibidem*. pp. 16-17.
- 11 *Ibidem*. p. 206.
- 12 *Ibidem* p. 287.
- 13 *Ibidem* pp. 232-233.
- 14 *Ibidem* p. 265.
- 15 *Ibidem* p. 75.
- 16 *Ibidem* p. 119-120.
- 17 *Ibidem* p. 122.
- 18 *Ibidem* p. 126.
- 19 *Ibidem* p. 398.
- 20 *Ibidem* p. 190.
- 21 *Ibidem* p. 75.
- 22 *Ibidem* p. 76.
- 23 *Ibidem* p. 384.
- 24 *Ibidem* p. 488.
- 25 *Ibidem* pp. 486 y ss.
- 26 *Ibidem* pp. 388 y ss.
- 27 *Ibidem* p. 428.
- 28 *Popper, Karl*. Op. Cit. p. 451.
- 29 *Vargas, Mario*. Op. Cit. p. 29.
- 30 *Popper, Karl*. Op. Cit. p. 456.
- 31 *Vargas Llosa*. Op. Cit. p. 491.
- 32 *Berlin, Isaiah*. Conceptos y categorías. Un ensayo filosófico, 1983, p. 250.

- 33 *Ibidem* p. 309.
- 34 Vargas, Mario. Op. Cit. pp. 42-43.
- 35 *Ibidem* p. 243.
- 36 Aquino, Santo Tomás de. Suma Teológica, 1955, pp. 2-2 q. 42 a. 2.
- 37 Vargas, Mario. Op. Cit. p. 301.
- 38 Berlin, Isaiah. Op. Cit. pp. 247 y ss.
- 39 Vega, Lope de. Fuente Ovejuna, 1997, versos 1813-1814.
- 40 Aquino, Santo Tomás de. Op. Cit. pp. 2-2 q. 42 a.2.
- 41 Vargas, Mario. Op. Cit. p. 426.
- 42 Brandon, S.G.F. Diccionario de religiones comparadas, 1975, t. I, p. 46.
- 43 Aquino, Santo Tomás de. Op. Cit. p. 1 q.63 a2 r2.
- 44 Plutarco. Vidas Paralelas, 1943, vol. I, p. 179.
- 45 Alighieri, Dante. La divina comedia, 1967, p. 16-17.
- 46 Vargas, Mario. Op. Cit. p. 380.
- 47 *Ibidem*
- 48 *Ibidem* p. 381.
- 49 *Ibidem* p. 380.
- 50 *Ibidem* pp. 409-410.
- 51 *Ibidem* p. 136.
- 52 *Ibidem* p. 339.
- 53 *Ibidem* p. 499.
- 54 *Ibidem* p. 501.
- 55 *Ibidem* p. 502.
- 56 *Ibidem* p. 515.
- 57 *Ibidem* p. 518.
- 58 *Ibidem* p. 210.
- ⁵⁹ Popper, Karl. Op. Cit. p. 455.

Bibliografía

- ALIGHIERI, Dante
1967 *La divina comedia*. Buenos Aires: Espasa-Calpe.
- AQUINO, Santo Tomás de
1955 *Suma Teológica*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.
- ARISTÓTELES
1962 *La Política*. Barcelona: Iberia.
- BERLIN, Isaiah
1983 *Conceptos y categorías. Un ensayo filosófico*. México: Fondo de Cultura Económica.
- BRANDON, S. G. F., comp.
1975 *Diccionario de religiones comparadas*. Madrid: Ediciones Cristiandad.
- GARATEA GRAU, Carlos
2002 "Novelas de dictadores y dictadores de novela (Amalia, Tirano Banderas, Señor Presidente, La fiesta del Chivo)". *Boletín de la Academia Peruana de la Lengua*, 36 pp. 29-84.
- KRISTAL, Efraín
1998 *Temptation of the word. The novels of Mario Vargas Llosa*. Nashville: Vanderbilt University Press.
- MÁRMOL, José
1971 *Amalia*. México: Porrúa.
- MARTÍNEZ, Julio
1980-1982 *Avisos para tiranos, sistemas totalitarios, dictadores, reyes, príncipes, ministros y toda clase de hombres de estado, tomados de muy buenos autores del pensamiento universal*. 2 Vols. Granada: A. De Re Universa.
- PLUTARCO
1943 *Vidas paralelas*. Buenos Aires: Losada. Vol. 1.
- POPPER, Karl
1957 *La sociedad abierta y sus enemigos*. Buenos Aires: Piados.

Eduardo Hopkins Rodríguez

SANDOVAL, Adriana

1989

Los dictadores y la dictadura en la novela hispanoamericana (1851-1978). México: UNAM.

VARGAS LLOSA, Mario

2000

La fiesta del Chivo. Madrid: Santillana.

VEGA, Lope de

1997

Fuente Ovejuna. Madrid: Cátedra.